



CEU
Biblioteca

Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de docencia e investigación de acuerdo con el art. 37 de la Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 de Julio del 2006.

Trabajo realizado por: CEU Biblioteca

Todos los derechos de propiedad industrial e intelectual de los contenidos pertenecen al CEU o en su caso, a terceras personas.



El usuario puede visualizar, imprimir, copiarlos y almacenarlos en el disco duro de su ordenador o en cualquier otro soporte físico, siempre y cuando sea, única y exclusivamente para uso personal y privado, quedando, por tanto, terminantemente prohibida su utilización con fines comerciales, su distribución, así como su modificación o alteración.



GRUPO DE TRABAJO IV

Esquilo, *Las suplicantes*

INTRODUCCIÓN

Contexto histórico-literario del autor y de la obra

Esquilo (525 – 456 a.C.) fue testigo en su juventud del fin de la tiranía en Atenas, y, en su madurez, del desarrollo de la democracia. Es el hombre de las Guerras Médicas: tomó parte luchó en las guerras promovidas contra los Persas en la batalla de Maratón (490 a.C.), en las de Salamina (480 a.C.) y es posible que también participase en la de Platea. Al final de su vida vivió la radicalización de la democracia: Esquilo parece aprobar la reforma del Areópago, pero recomienda moderación, salvar el respeto a la ley y a la autoridad que tienen la protección de Zeus e impiden la desintegración de la sociedad.

Una prueba de la relevancia de la obra esquiliana en su propia época es el hecho de que se permitiera que su representación en el *agón* («certamen») en los años posteriores a su muerte, junto a las de los dramaturgos vivos; tal honor era excepcional, puesto que la costumbre impedía que las obras de los autores fallecidos pudieran presentarse.

Como anécdota, cabe referir que Esquilo pasa a la Historia no precisamente como poeta o dramaturgo, sino, como reza su epitafio, por su valor en la batalla de Maratón.

La tragedia

La tragedia griega se desarrolló en el siglo V a.C. coincidiendo con el crecimiento, grandeza y la decadencia de la ciudad de Atenas. En su inicio se trataba de un teatro principalmente lírico y de poca acción (si bien se trata de una lírica especial: dialógica y mimética), para ir pasando poco a poco a centrarse cada vez más en la acción dramática y en la descripción de caracteres. En su temática se pasó de lo religioso a lo humano, de lo colectivo a lo individual, a lo personal. En la obra elegida se aprecia este tránsito, tanto en los personajes, como en la temática: su enfoque nos deja ver los cambios que se van operando en la sociedad ateniense. Al final del siglo V a.C. La tragedia desaparecerá, desplazados sus temas míticos por otros que lograsen mejor expresar el sentir y los intereses de los atenienses en aquellos momentos.

OBJETIVOS

Los objetivos que nos proponemos en este Grupo de Trabajo pueden considerarse como sigue:

- Empleo de un referente literario clásico para percibir la dimensión histórica del Derecho y la dimensión universal de los problemas humanos allí presentes, mediante una comparativa de las soluciones jurídicas antiguas y contemporáneas
- Desarrollar el razonamiento jurídico al argumentar lo justo deliberativo y lo justo judicial ó legal.
- Conocer y comprender la influencia griega en la tradición jurídica y en los sistemas políticos occidentales.

BIBLIOGRAFÍA PREVIA AL GRUPO DE TRABAJO: Se trata de investigar previamente el sistema político y jurídico vigente en el momento contemporáneo a la tragedia griega. Puede acudir a distintas fuentes específicas de referencia, p.e.:

G. URRAY, *Esquilo, el creador de la tragedia griega*.

A. LESKY, *La tragedia griega*.

A. LESKY, *Historia de la literatura griega*.

<http://www.fordham.edu/halsall/ancient/asbook.html>

<http://www.canalsocial.net>

Han de responderse dos tipos de preguntas, las de comprensión y las de razonamiento. Las primeras aparecen en letra negrita a lo largo del texto; las segundas aparecen al final del texto, como en los demás casos de los grupos de trabajo.

PERSONAJES

Dánao, padre de las Danaides

Pelasgo, rey de Argos

Mensajero de los hijos de Egipto

Coro de las hijas de Dánao

Corifeo (directora del Coro)

Sirvientas

La acción se desarrolla en la playa cerca de Argos. Al fondo de la orquesta hay una loma con las estatuas de Zeus, Poseidón, Héracles y Apolo.

CORIFEYO. Que Zeus, defensor de los suplicantes, quiera mirar lleno de benevolencia a nuestra gente que, en una nave, marchó de la desembocadura del Nilo de fina arena. Habiendo dejado la tierra de Zeus, fronteriza con Siria, andamos errantes; no que un voto de la ciudad nos haya condenado al destierro por sangre vertida, sino que, en nuestra repugnancia instintiva por el hombre, detestamos las bodas de los hijos de Egipto y su impía locura. Dánao, nuestro padre, consejero y guía de nuestra decisión, pensando todas las jugadas, se ha decidido por la más gloriosa de las desgracias: huir, veloz, a través de las olas saladas y abordar a la tierra de Argos de donde ha surgido nuestra raza, que se pavonea de haber nacido de la ternera hostigada por el revoloteo del tábano, bajo los efectos del contacto y del

soplo de Zeus. ¿A qué país mejor preparado que éste podríamos llegar, con estos brazos suplicantes, con estos ramos ceñidos de lana? Que esta ciudad, su tierra y sus aguas límpidas, que los dioses celestes y los pesados vengadores subterráneos que habitan las tumbas, y Zeus Salvador en tercer lugar, guardián de a los hogares de los justos, acepten como suplicantes a este grupo de mujeres en el espíritu reverente del país; y antes que este enjambre insolente de hombres, los hijos de Egipto, pise esta tierra cenagosa, echadlos al mar con su veloz nave; y entonces, en un torbellino de azotadora tempestad, en medio del trueno, del rayo y de los vientos cargados de lluvia, enfrentados con un mar salvaje, perezcan antes de apoderarse de las hijas de un tío y subir, a pesar de la ley que lo prohíbe, en tálamos que los rechazan.

CORO. Y ahora llamo al protector más allá el mar, al ternero: nacido de Zeus que, de un soplo, lo hizo nacer de la ternera, nuestra antepasada que se alimentaba de flores; con el contacto que le dio su nombre puso un justo fin al tiempo reservado a las Parcas, y dio a luz a Épafo. A éste invocando hoy y recordando las desgracias que mi antigua madre padeció en estos lugares en donde pacía, enseñaré de mis ascendientes pruebas fidedignas que, aunque inesperadas, aparecerán claras a los habitantes de este país; a la larga se reconocerá la verdad. Y si hay cerca de aquí algún indígena que sepa interpretar el canto de las aves, al percibir mis lamentos creará oír la voz de la esposa de Tereo, lastimosa en sus pensamientos, la voz del ruiseñor que persigue el gavilán.

Arrojada de su hogar de antaño, llora la nostalgia de sus lugares acostumbrados, y compone el canto de la muerte de su hijo, cómo sucumbió bajo los golpes de su propia mano, víctima de la cólera de una mala madre. Así también yo me recreo en lamentarme a la manera jónica, desgarrando mi tierna mejilla tostada al sol del Nilo y mi corazón inexperto en lágrimas. Acumulo sollozos, anhelante de amigos, preguntándome si alguien se preocupa de mi destierro lejos de una tierra caliginosa.

¡Ah dioses de nuestra raza, que sabéis dónde está la justicia, escuchadnos! Si no dais pleno cumplimiento porque es contra el Destino,

al menos, vosotros que detestáis prontamente la violencia, sed justos con estas bodas. Incluso para los fugitivos destrozados por una guerra es un refugio contra la desgracia el altar donde reside la majestad de los dioses. ¡Ojalá el fin fuera del todo y verdaderamente feliz!

La voluntad de Zeus no es fácil de cazar; pero, por todas partes resplandece, incluso en la lúgubre noche del destino, para la estirpe de los mortales. Cae siempre segura y no de espaldas, si Zeus decide en su cólera el cumplimiento de una cosa; los caminos de su pensamiento se extienden confusos, sombríos, indescifrables a toda mirada. Él precipita a los mortales de las altas torres de sus esperanzas a su perdición, pero sin armarse de violencia; todo es fácil para un dios. Su mente, desde lo alto del cielo, ejecuta todos sus designios sin moverse de su sagrado sitio. Que gire sus ojos hacia la insolencia humana, tal como retoña floreciente en el tronco con obstinados pensamientos a causa de nuestras bodas, agujoneada por un irresistible delirio, y que reconozca el engaño de Ate. Tales son los tristes infortunios que digo en mis cantos agudos, sordos, bañados en lágrimas, ¡ié, ié! y lamentos semejantes a cantos fúnebres; viva me honro con mis gemidos. Séme propicia, tierra montañosa de Apis.

¿Entiendes bien, oh tierra, mi acento bárbaro? Muchas veces mi mano se abate, con un desgarramiento de lino, sobre mi velo sidonio. Hacia los dioses corren sacrificios expiatorios para obtener la salud, cuando la muerte se cierna encima. ¡ló, ió, ió! Vientos inciertos, ¿hacia dónde nos llevará esta ola? Séme propicia, tierra montañosa de Apis. ¿Entiendes bien, oh tierra, mi acento bárbaro? Muchas veces mi mano se abate, con un desgarramiento de lino, sobre mi velo sidonio. Cierto que el remo y la casa de madera, ceñida de cuerdas, que protege del mar, me han guiado aquí sin tempestad con ayuda de los vientos. No me quejo. Pero el Padre que todo le ve ponga, en su tiempo, término favorable a mi infortunio. Que el gran germen de una augusta madre logre huir del lecho de los varones, ¡ay virgen indómita! Y que la casta hija de Zeus, correspondiendo a mi petición, deje caer sobre mí de su rostro augusto una mirada salvadora. Que con todo su poder, indignada de esta persecución, libre, ella que es virgen, a otra virgen.

Que el gran germen de una augusta madre logre huir del lecho de los varones, ¡ay virgen indómita!

De lo contrario, negra raza tostada por los rayos del sol, iremos, con nuestros ramos suplicantes, al dios subterráneo, a Zeus hospitalario de los muertos y moriremos colgadas si nos logramos alcanzar a los dioses olímpicos. ¡Ah Zeus, es a lo, ¡oh! que persigue esta escudriñadora ira de los dioses. Demasiado conozco el triunfo de una mujer sobre todo el cielo. Es terrible el viento de donde sopla la tempestad. Y entonces Zeus recurrirá a relatos no justos, por haber despreciado al hijo de la ternera, al que él mismo en otro tiempo engendró, y ahora tiene los ojos apartados de nuestras plegarias. ¡Que desde lo alto de los cielos escuche la voz que le llama! ¡Ah Zeus, es a lo, ¡oh! que persigue esta ira de los dioses. Demasiado conozco el triunfo de una mujer sobre todo el cielo. Es terrible el viento de donde sopla la tempestad.

(Dánao, que durante el canto del coro, ha subido a una loma, observa el horizonte.

Luego desciende y se dirige a sus hijas.)

DÁNAO. Hijas, es preciso ser juiciosas. Habéis llegado aquí gracias a la prudencia de este piloto, vuestro viejo progenitor, en quien confiáis. Y ahora que estamos en tierra firme os animo, con la misma solicitud, a que guardéis bien grabadas mis palabras. Veo una polvareda, muda mensajera de un ejército. Los cubos de las ruedas no callan, empujados por los ejes. Contemplo una tropa, bajo escudo y blandiendo la lanza, con caballos y carros encorvados. Quizá son jefes de esta tierra que, enterados por alguna noticia, vienen a observarnos. Pero ya sea propicio, o esté inflamado por una cólera feroz, aquél que conduce el ímpetu de este escuadrón, es mejor, en todo caso, oh hijas, que os sentéis en la colina de los dioses agonales. Más fuerte que una torre es un altar, escudo indestructible. Pero apresuraos y teniendo piadosamente en vuestro brazo izquierdo ramos de suplicantes adornados de blanco lino, ornato de Zeus venerable, responded a los extranjeros con palabras respetuosas, doloridas y vehementes, como conviene a recién llegados, diciéndoles claramente que vuestro destierro está limpio de sangre. Ante todo que el

atrevimiento no acompañe a vuestra voz; que ninguna vanidad, en vuestras caras de frente modesta, salga de vuestra mirada tranquila. No seas precipitada en el hablar ni prolija: la gente de aquí es muy sensible. Acuérdate de ceder: eres una extranjera, una desterrada en la necesidad. Un lenguaje altanero no conviene a los débiles.

CORIFEO. Padre, hablas juiciosamente a juiciosos: procuraré recordar tus sabios avisos. Pero que Zeus progenitor nos mire.

DÁNAO. Sí, que nos mire con ojo clemente.

CORIFEO. Si él lo desea, todo acabará bien.

DÁNAO. Ahora no te demores, y que triunfe mi plan

CORO. Quisiera ya estar sentada cerca de ti. (*Dirigiéndose a los altares.*) Oh Zeus, ten compasión de nuestras desgracias, antes de que hayamos perecido.

DÁNAO. Invocad también a este hijo de Zeus.

CORIFEO. Invoco a los rayos salvadores del Sol.

DÁNAO. Y también al puro Apolo, dios desterrado del cielo.

CORIFEO. Conociendo este destino, puede compadecerse de los mortales.

DÁNAO. Sí, que nos compadezca y nos asista benévolo.

CORIFEO. ¿A qué divinidad invoco todavía?

DÁNAO. Veo aquí un tridente, atributo de un dios.

CORIFEO. Como nos ha guiado bien, que nos acoja bien en esta tierra.

DÁNAO. Hay también este Hermes según las leyes helénicas.

CORIFEO. Que nos anuncie, pues, un feliz mensaje de libertad.

DÁNAO. Venerad el altar común de todos estos dioses; sentaos en este lugar sagrado, como una bandada de palomas que huyen de gavilanes del mismo plumaje, de enemigos de la misma sangre que quieren mandar la propia raza. ¿Cómo permanecería puro el pájaro

que come carne de pájaro? ¿Y cómo sería puro el que quiere casarse en contra de la voluntad de la mujer y del padre de ella? No, ni en el Hades. Una vez muerto, escaparía a la inculpación de lujuria, si realizara tales cosas; todavía hay allí, según dicen otros, Zeus que, sobre todas las faltas, pronuncia entre los difuntos la suprema sentencia. Sed discretas y responded en este sentido, si queréis que triunfe vuestra causa.

(Llega el rey acompañado de una escolta armada.)

REY. ¿De dónde viene esta gente en traje no helénico, ataviada con ropas y cintas bárbaras, a la que nos dirigimos? Pues el vestido no es de Argólida ni de ningún país helénico. Mas me admira el que os hayáis atrevido, osadas, a venir a este país, sin mensajeros, ni patronos, ni guías. Es verdad que, según costumbre de los suplicantes, tenéis ramos puestos junto a las estatuas de los dioses agonales; sólo en esto la tierra griega concuerda con la conjetura. Y sería justo hacer muchas otras suposiciones, si tú, que estás presente, no tuvieras la palabra para explicarlo.

CORIFEYO. En cuanto a nuestro adorno no es falso lo que has dicho. Pero yo, dirigiéndome a ti, ¿a quién hablo? ¿A un ciudadano? ¿A un mensajero que lleva el bastón sagrado? ¿O al jefe de la ciudad?

REY. En lo que respecta a esto contéstame y habla confiadamente. Yo soy el hijo de Palecton, nacido de la Tierra, Pelasgo, jefe supremo de este país; y de mí, su rey, ha tomado con razón su nombre el pueblo de los pelasgos, que cultiva esta tierra. Soy dueño de toda la comarca que atraviesa el puro Estrimón, al lado del sol poniente; confino con la tierra de los perrebos, y el país que está más allá del Pindo, tocando a Peonia, y las montañas de Dódona hasta donde el mar corta mi frontera. Todo lo que está dentro de estos límites lo domino. Y esta llanura del país de Apis se llama así desde antiguo en memoria de un héroe sanador. Pues Apis, procedente del otro lado del golfo de Naupacto, profeta hijo de Apolo, limpia este país de monstruos homicidas, azote que la Tierra, infectada por las manchas de antiguas sangres, en su ira soltó, serpientes pululantes, funesta compañía. Apis, aplicando irreprochablemente a la tierra de Argos

remedios decisivos, nos liberó de estos males y en recompensa mereció el recuerdo en nuestras súplicas. Y ahora que ya tienes mis señas, declara de qué linaje te ufanas y explícate. Con todo, un largo discurso no es grato a la ciudad.

CORIFE0. Breve y clara será la contestación: nos gloriamos de ser de raza argiva y simiente de una ternera prolífica. Y toda esta verdad la confirmaré si hablo.

REY. Increíbles son a mis oídos, extranjeras, estas palabras: no sé cómo puede ser argiva vuestra raza. Os parecéis más bien a mujeres libias, pero en manera alguna a las nuestras. Todavía el Nilo podría alimentar tal planta. Y el tipo chipriota, que en los moldes femeninos acuñan los artífices masculinos, es semejante al vuestro. He oído hablar también de los indios nómadas que cabalgan en sillas con respaldo sobre camellos a través de las regiones vecinas a Etiopía; y de las amazonas, sin maridos, que comen carne cruda. Si llevarais arcos, os habría tomado por ellas. Pero enseñame; que entienda mejor que tu estirpe y tu sangre son argivas.

1. Señala las notas que permiten colegir la condición de extranjeras del Coro de Danaides.

CORIFE0. ¿No dicen que en otro tiempo existió en este país de Argos una guardiana del templo de Hera, lo?

REY. Sí, así es, es un rumor bien confirmado.

CORIFE0. ¿Un relato no dice también que Zeus se unió con ella, aunque mortal?

REY. Y estos abrazos no escaparon a Hera.

CORIFE0. ¿Y cómo acabaron estas disputas reales?

REY. La diosa de Argos transformó la mujer en ternera.

CORIFE0. ¿Y Zeus no se acercó todavía a la ternera cornuda?

REY. Así dicen, bajo forma de un toro semental.

CORIFEO. ¿Qué hizo entonces la poderosa esposa de Zeus?

REY. Junto a la ternera puso de guardián al que todo lo ve.

CORIFEO. ¿Qué omnividente boyero de una sola ternera quieres decir?

REY. Argos, hijo de la Tierra, que fue muerto por Hermes.

CORIFEO. ¿Qué otra cosa inventó, pues, contra la infeliz ternera?

REY. Un insecto que persigue y agujonea los bueyes.

CORIFEO. Las gentes cercanas al Nilo lo llaman tábano.

REY. Así pues, la arroja de esta tierra en una larga carrera.

CORIFEO. También en esto has hablado en todo de acuerdo con migo.

REY. Y por fin llegó ella a Canobo y a Menfis.

CORIFEO. Y allí Zeus la toca con la mano y hace nacer una estirpe.

REY. ¿Qué becerro, hijo de Zeus, se gloria de la ternera?

CORIFEO. Épafo, cuyo nombre verídico recuerda la liberación de lo.

REY. Y de Épafo, ¿quién desciende?

CORIFEO. Libia, que recoge fruto de la parte mayor de la Tierra.

REY. ¿Y qué otro vástago dices que ha nacido de ella?

CORIFEO. Belo, que tuvo dos hijos y fue padre de este mi padre.

REY. Dime ahora el nombre de este hombre sabio.

CORIFEO. Dánao, y tiene un hermano, padre de cincuenta hijos.

REY. Dime también su nombre con palabras altruistas.

CORIFEO. Egipto. Y ahora que conoces mi antiguo linaje, trata como argivo al grupo que tienes delante.

REY. Parecéis, en efecto, tener parte desde antiguo en nuestra tierra. Pero ¿cómo habéis osado a dejar las mansiones paternas? ¿Qué destino ha caído sobre vosotras?

CORIFEO. Rey de los pelasgos, los males humanos son cambiantes: no podría ser jamás igual el ala del infortunio. Pues ¿quién habría pensado que esta huida inesperada llevaría al puerto de Argos a un pariente indígena desde antiguo, y lo conduciría espantado por el odio del tálamo nupcial?

REY. ¿Qué vienes a pedir de estos dioses agonales con estos ramos recién cortados, adornados de blanco?

CORIFEO. Que no sea esclava de la raza de Épafo.

REY. ¿A causa del odio, o hablas de algo injusto?

CORIFEO. ¿Quién apreciaría a los señores que ha de comprar?

REY. Así se aumenta para los mortales su fuerza.

CORIFEO. Y también un remedio fácil para los malaventurados.

REY. ¿Cómo puedo yo, pues, testimoniaros mi piedad?

CORIFEO. No devolviéndome a los hijos de Egipto si me reclaman.

REY. Grave es lo que dices: es provocar una guerra.

CORIFEO. Pero la justicia es aliada de los que luchan con ella.

REY. Si desde los inicios estaba de vuestro lado.

CORIFEO. Respeta la pompa de la ciudad adornada con estas ofrendas.

REY. Me estremezco al ver estos altares sombreados por estos ramos.

CORIFEO. Terrible es también la ira de Zeus Suplicante.

CORO. Hijo de Palecton, rey de los pelasgos, óyeme con corazón benévolo. Mira a esta suplicante, una errática fugitiva, como una ternera que perseguida por el lobo trepa a las rocas escarpadas, y allí, segura de defenderse, muge contando al boyero sus cuitas.

REY Veo, a la sombra de ramos recién cortados, un grupo nuevo delante de los dioses de la ciudad. Que la causa de estos ciudadanos extranjeros no traiga ningún mal ni, de improviso, surja para la ciudad una disputa inesperada, porque Argos no la necesita.

CORO. Que Temis Suplicante, hija de Zeus, que reparte los destinos, mire este destierro para que no sea pesado. Y tú, a pesar de tu edad y sabiduría, aprende de uno más joven: respetando al suplicante prosperarás. Pues los dioses reciben de buen grado las ofrendas que proceden de un hombre puro.

REY Vosotras no suplicáis sentadas en mi morada. Si es la ciudad en común que está manchada, que todo el pueblo se ocupe en conseguir remedios. Yo, por mi parte, no podría hacerte promesas antes de haber comunicado estas cosas a todos los ciudadanos.

CORO. Tú eres la ciudad, tú el pueblo. Soberano irresponsable, tú eres el dueño del altar, hogar del país. Los únicos sufragios son los movimientos de tu cabeza, el único cetro, el que tienes en tu mano. Tú todo lo decides, guárdate de un sacrilegio.

REY. El sacrilegio sea para mis enemigos. Pero yo no puedo ir en vuestra ayuda sin daño. Sin embargo, es desagradable despreciar vuestras súplicas. No sé qué conducta seguir; tengo miedo de obrar, de no obrar y de tentar el Destino.

CORO. Dirige tu mirada hacia el que vigila desde lo alto, guardián de los mortales desgraciados que, suplicando a sus prójimos, no obtienen la justicia de la ley. La cólera de Zeus Suplicante aguarda a los que son inconvencibles a los lamentos del que padece.

REY Si los hijos de Egipto tienen poder sobre ti, por la ley de tu ciudad, alegando que son los más próximos parientes, ¿quién querría oponerse a ellos? Es preciso defender que según las leyes de tu país no tienen ningún poder sobre ti.

CORO. Que no esté yo nunca sometida al yugo de los hombres. Bajo los astros me aplico un remedio contra unos casamientos odiosos: la huida. Toma la Justicia por aliada y juzga según el respeto debido a los dioses.

REY. No es fácil la decisión; no me escojas por juez. Antes te lo dije: sin el pueblo no obraría así por potestad que tenga. Que nunca pueda decirme el pueblo, si alguna vez ocurre algún mal: «Por honrar a unos extranjeros has perdido la ciudad.»

2. ¿Cuáles son las condiciones y los signos externos que hacen digno de ser escuchado a un suplicante?

CORO. Consanguíneo de las dos partes, contempla este debate Zeus imparcial, él que, con razón, asigna la injusticia a los malos, la piedad a los que observan las leyes. Si todo se pesa con equidad, ¿por qué te duele hacer lo justo?

REY. Es necesario un profundo pensamiento salvador, un ojo penetrante y no turbado por el vino que descienda al abismo, como un buzo, para que el asunto no atraiga, en primer lugar, tribulaciones para la ciudad, y para uno mismo acabe felizmente. Es decir, que no se apodere de Argos una lucha de represalias, y que yo entregándo-os así postradas ante los altares de los dioses, no consiga de compañero al dios de la ruina, al pesado vengador que ni en el Hades libera al difunto. ¿No te parece, pues, que es necesario un pensamiento salvador?

CORO. Piensa, pues, y sé para nosotras, como es de justicia, un patrono piadoso. No traiciones a la fugitiva que un exilio impío ha arrojado de un país lejano. No quieras verme arrancada de este santuario consagrado a tantos dioses, oh tú, dueño absoluto de este país; reconoce la insolencia de los varones y guárdate de la ira que conoces. No consientas ver a la suplicante, a despecho de la justicia, arrastrada lejos de las imágenes de los dioses, como un caballo, por las cintas, y unas manos coger mis velos de espeso tejido. Porque, has de saber que, obres como obres, tus hijos y tu casa deberán pagar un día a Ares la estricta justicia. Reflexiónalo: el poder de Zeus es el de la justicia.

REY. He reflexionado. Aquí encalla mi nave. O contra unos o contra otros es completa necesidad provocar una dura guerra, y el casco de la nave está clavado en el escollo como si lo hubieran levantado con ayuda de cabrestantes navales. Sin dolor no hay desenlace posible. Saqueadas las riquezas de una casa, se pueden adquirir otras de más valor que las perdidas y volver a completar la carga por voluntad de Zeus, protector de los bienes; una lengua ha lanzado flechas inopor-

tunas que remueven dolorosamente el corazón: una palabra puede ser el bálsamo de otra. Pero para impedir que se vierta de sangre humana es necesario hacer sacrificios e inmolar muchas víctimas a muchos dioses, remedio contra la desgracia. O yo me equivoqué mucho sobre esta disputa. Pero prefiero ser patán que profeta de desgracias. Que todo acabe bien contra mi opinión.

CORIFEO. Escucha el fin de tantas palabras suplicantes.

REY Escucho, habla; no se me escapará.

CORIFEO. Tengo lazos y cinturones para sostener mis vestidos.

REY. Sin duda son objetos apropiados a la indumentaria femenina.

CORIFEO. Pues sabe que de ellos espero un hermoso recurso.

REY. Explícame qué significan estas palabras tuyas.

CORIFEO. Si no ofreces a esta gente una promesa...

REY ¿Qué vas a realizar con ayuda de los ceñidores?

CORIFEO. Adornar estas imágenes con ofrendas insólitas.

REY Estas palabras son enigmáticas; habla claramente.

CORIFEO. Colgarnos lo más rápidamente posible de estos dioses.

REY. He oído una palabra que me flagela el corazón.

CORIFEO. Has comprendido; te he abierto los ojos.

REY Sí, por todas partes obstáculos invencibles. Una multitud de males como un río, avanza sobre mí: me he sumergido en este mar de ruina, sin fondo, infranqueable, y en ninguna parte hay un puerto para estos males. Porque, si yo no llevo a cabo vuestra petición, no puedo alcanzar con mi arco la mancha que evocas. Y si, por otra parte, contra tus parientes, los hijos de Egipto, de pie delante de las murallas, llego a la decisión de un combate, ¿no es una pérdida cruel que unos hombres, a causa de las mujeres, ensangrienten la llanura? Sin embargo, me urge respetar la ira de Zeus Suplicante: entre los mortales es el temor supremo. Así pues, tú, anciano, padre de estas

vírgenes, toma al instante estos ramos en tus brazos y colócalos sobre otros altares de nuestros dioses patrios, para que todos los ciudadanos vean esta señal de tu súplica y no profieran alguna palabra contra mí: porque el pueblo gusta de criticar a los que gobiernan. Y quizás al ver estas cosas surja la compasión: el pueblo odiará la insolencia del conjunto masculino y estará mejor dispuesto para con vosotros. Porque todo el mundo se inclina benévolamente los débiles.

DÁNAO. Es para nosotros un bien muy grande haber encontrado un patrón que respeta al suplicante. Pero hazme acompañar de guardias y guías indígenas para que me ayuden a encontrar los altares colocados delante de los templos de los dioses de la ciudad y sus moradas hospitalarias, y podamos avanzar con seguridad a través de la ciudad. La naturaleza nos ha dado rasgos diferentes: el Nilo y el Inaco no alimentan razas semejantes. Vigila que la osadía no provoque temor: más de uno ha muerto a un amigo por ignorancia.

REY. Id, guardianes; el extranjero tiene razón. Guiadlo a los altares de la ciudad, morada de nuestros dioses. Y a los que encontréis, decidles, sin extenderos, que conducís a un marino, suplicante de nuestros dioses.

(Dánao se marcha en dirección a la ciudad en compañía de unos guardias.)

CORIFEO. Has hablado a mi progenitor y puede marchar con tus instrucciones. Pero yo, ¿qué haré? ¿En dónde me ofreces una seguridad?

REY Deja aquí tus ramos, símbolo de tus penas.

CORIFEO. Los dejo confiando en tu brazo y en tus palabras.

REY. Ahora pasa a la parte llana del recinto sagrado.

CORIFEO. ¿Y cómo podría defenderme la parte abierta a todos?

REY No queremos entregarte a las aves de presa.

CORIFEO. Pero ¿sí me entregas a monstruos más odiosos que crueles serpientes?

REY A palabras favorables responde con palabras confiadas.

CORIFEO. No es de extrañar que seamos pesadas a causa del temor del corazón.

REY. Siempre el miedo ha sido impropio en reyes.

CORIFEO. Tú, pues, reconforta mi corazón con palabras y obras.

REY Tu padre no te dejará sola mucho tiempo. Yo voy a reunir a la gente del país, para disponer a tu favor la comunidad, y enseñaré a tu padre lo que debe decir. Quédate, pues, aquí, y en tus oraciones pide a los dioses del país lo que deseas obtener. Yo voy a ocuparme de todo esto. Que la Persuasión me acompañe y la Fortuna eficaz.

(El rey sale con su tropa.)

CORO. Rey de reyes, bienaventurado entre los bienaventurados, poder soberano entre los poderes, feliz Zeus, óyenos, aleja airado de tu raza la insolencia masculina, y en el mar purpúreo precipita la fatal negra nave. Propicio a la causa de las mujeres, mira nuestro antiguo linaje; renueva la gozosa leyenda de nuestra abuela que fue querida. Acuérdate, tú que tocaste a lo. Nos honramos de ser linaje de Zeus y de esta tierra emigramos. Una antigua huella me lleva a los lugares en donde mi madre, bajo la mirada del guardián, pacía las flores, en la pradera nutritiva de bueyes. De allí, lo, agitada por el tábano, huye aturdida a través de muchos pueblos diversos, y cruzando, por orden del destino, el estrecho encrespado, pasa los límites de los dos continentes opuestos. Se lanza a través de Asia, de un extremo a otro de Frigia, criadora de corderos, pasa la ciudad Misis de Teutras y los valles de Lidia, y precipitada a través de las montañas de Cilicia y Panfilia, alcanza los ríos inagotables, el país de opulencia, la ilustre tierra de Afrodita, fértil en trigo.

Pero, acosada siempre por el dardo del boyero alado, llega al sagrado recinto de Zeus, rico en frutos de todas clases, el prado alimentado por las nieves y asaltado por el furor de Tifón, y a las aguas intactas del Nilo, enloquecida por los ignominiosos trabajos y los dolores causados por el agujón de Hera. Los mortales que vivían entonces en esta región palidecieron de espanto y sus corazones palpitaron delante de un espectáculo inusitado, al ver una bestia repulsiva,

mezclada de ser humano, en parte ternera, en parte mujer, y quedaron atónitos ante el prodigio. Pero entonces, ¿quién fue el que curó a la errante y miserable lo, agujoneada por el tábano? El que gobierna por tiempo infinito, Zeus la libró de sus males con su fuerza salutar y su soplo divino, y ella destila el doloroso pudor de las lágrimas. Pero el germen recibido de Zeus, según un relato verídico, dio a luz a un hijo irreprochable. Un hijo feliz por mucho tiempo. De donde toda la tierra pregona. «Un hijo, fuente de vida, es en verdad linaje de Zeus.»

Pues ¿quién habría hecho cesar un delirio querido por Hera? Obra es de Zeus. Y quien dice que esta raza es hija de Épafo, lo acierta. ¿A qué dios podría invocar con más razón por sus justas acciones? Él es nuestro padre, que con su propia mano nos ha plantado, soberano, antiguo en sabiduría, gran artífice de nuestra raza, remedio universal, dios de los vientos propicios, Zeus. No sometido al dominio de nadie, dirige lo más débil siendo el poder más grande. Nadie tiene el trono más alto, que él adore desde abajo. Así está su obra, su palabra ordena realizar lo que en la mente su espíritu lleva. (*Llega Dánao.*)

3. ¿Cuáles son los atributos de los ciudadanos de Argos?

DÁNAO. Tened confianza, hijas; todo va bien en la ciudad. El pueblo ha votado un decreto decisivo.

CORIFEO. ¡Salve, oh anciano que anuncias noticias tan buenas! Pero cuéntanos hacia dónde se ha confirmado la decisión, de qué manera ha prevalecido la poderosa mano del pueblo.

DÁNAO. Los argivos han votado no de una manera dudosa, sino para rejuvenecer mi viejo corazón. Porque el éter se ha erizado de las manos levantadas de todo el pueblo que ha sancionado estas palabras: «Nosotros tendremos la residencia en este país, libres, sin rescate y con derecho de asilo contra todo mortal; nadie, ni habitante ni bárbaro, podrá llevársenos; y si alguien acude a la fuerza, el

terrateniente que no nos ayude será privado de sus derechos de ciudadano y desterrada por sentencia del pueblo.» Tal es la resolución que les ha animado, en defensa nuestra, el rey de los pelagos, invitando a la ciudad a no hacer crecer en el futuro la terrible ira de Zeus, y evocando la doble mancha, nacional y extranjera, que aparecería contra la ciudad, monstruo indomable, alimentado de dolor. Al escuchar estas palabras, las manos del pueblo de Argos, sin esperar al mensajero, han decretado estas cosas. El pueblo pelásgico ha escuchado las razones persuasivas de una arenga, pero Zeus ha llevado a cabo la decisión.

CORIFEEO. ¡Ea! Invoquemos sobre los argivos bendiciones como premio a sus beneficios. Y Zeus Hospitalario se digne dar en verdad a los honores de una boca bárbara un cumplimiento del todo irreprochable.

CORO. Ahora que los dioses, hijos de Zeus, nos escuchen mientras derramamos votos sobre esta raza. Que nunca prenda fuego a la tierra pelásgica el ardiente Ares, que detiene con sus gritos las danzas y siega los hombres en campos ajenos. Pues han tenido piedad de nosotras, han dado un voto favorable, respetando los suplicantes de Zeus en este rebaño no envidiable. No han votado con los hombres, despreciando la causa de las mujeres; han puesto los ojos en el vengador de Zeus, vigilante, incombustible, el cual ¿qué casa tendrá sobre el tejado manchándolo? Pesado se posa encima de ella. Honran su misma sangre en estos suplicantes de Zeus santo; por ello con altares puros agradarán a los dioses. Que a la sombra de estos ramos vuele, pues, de nuestra boca una súplica deseosa de su gloria. Que nunca la peste vacíe de hombres la ciudad, ni el bárbaro tiña de sangre de cuerpos indígenas la llanura de su tierra. Que la flor de la juventud no sea segada, ni que el amante de Afrodita, Ares, azote de los humanos, la tronche en capullo. Que resplandezcan llenos de ofrendas los altares cabe los cuales se reúnen los ancianos, así la ciudad prospere en el respeto a Zeus poderoso, hospitalario en grado sumo, que con ancestral ley rige el destino. Os pedimos que nuevos nacimientos sin cesar proporcionen protectores al país, y que Artemis Hecate vigile el alumbramiento de las mujeres. Que ningún

azote mortífero venga sobre esta ciudad destrozándola, armando a Ares, enemigo de danzas y cítaras, engendrador de lágrimas, y suscite los clamores de la guerra civil. Que el enjambre doloroso de las enfermedades se coloque lejos de la cabeza de los ciudadanos, y Apolo Liceo sea propicio a todos sus niños.

Haga Zeus que la tierra tribute su fruto en abundancia de todo el año, que las ovejas que pacen sus campos sean fecundas, y que todo florezca bajo el favor de los dioses. Que sobre los altares los rapsodas pongan un canto de buena suerte, y que de labios puros salga la voz amante de la cítara. Que guarde impertérrito sus honores el Consejo soberano de la ciudad, poder previsor que atiende al bien común. Y a los bárbaros, antes de amar a Ares, premien, sin dolores, satisfacciones reguladas por tratados. Y a los dioses protectores del país siempre den, coronados de laureles, los honores de las hecatombes ancestrales; pues el respeto a los padres es la tercera ley escrita en el libro de la Justicia, divinidad supremamente venerable.

4. **¿Cuál es el derecho de los hijos de Egipto sobre las Danaides?**

(Dánao sube al altozano y desde allí observa el mar. Después se gira hacia sus hijas.)

DÁNAO. Alabo estas peticiones sensatas, hijas; pero vosotras no os turbéis al oír de vuestro padre una nueva inesperada. Desde esta atalaya asilo de suplicantes, divisó la nave. Es fácil de distinguir: no se me oculta ni el aparejo de las velas, ni las empavesadas, ni la proa que con sus ojos mira el camino a seguir, obediente al timón que la dirige desde la popa, demasiado obediente para aquellos a los que no es amiga. Es posible ver a los marinos con sus miembros negros que salen de las túnicas blancas, y son bien visibles las otras naves y toda la tropa auxiliar. La nave capitana, junto a la costa, ha amainado y rema poderosamente. Pero hay que mirar hacia el horizonte con calma y prudencia y no descuidar estos dioses. Yo, habiendo tomado defensores y abogados, volveré. Quizá venga un mensajero o una embajada queriendo llevaros y cogeros por derecho de resca-

te. Pero nada de esto acontecerá; no les temáis. Sin embargo, es mejor, por si nos demoramos en el auxilio, que no olvidéis en ningún momento este asilo. ¡Ánimo! Con el tiempo, en el día fijado, todo mortal que desprecia a los dioses recibirá su castigo.

CORIFEO. Padre, estoy asustada; las naves ¡cuán veloces se aproximan! No hay en medio ningún plazo largo de tiempo.

CORO. Un miedo terrible se apodera de mí; ciertamente, ¿de qué me ha servido la huida por tantos caminos? Padre, estoy muerta de espanto.

DÁNAO. Puesto que el voto de los argivos es irrevocable, hija, ten confianza. Ellos combatirán por ti, lo sé bien.

CORIFEO. Es una maldición la voraz estirpe de Egipto, insaciable de combates, y hablo al que lo sabe.

CORO. Han logrado en su odio surcar el mar en naves bien ensambladas de rostro sombrío, con un numeroso ejército negro.

DÁNAO. Más numerosos son los que aquí encontrarán, con brazos bien curtidos al sol del mediodía.

CORIFEO. No me dejes sola, padre, te lo pido; una mujer sola, nada es. Ares no habita en ella.

CORO. Llenos de pensamientos criminales de pérfidos designios, con impuros corazones, ellos, como cuervos, no se preocupan de los altares.

DÁNAO. Sería para nosotros muy conveniente, hija, si se hicieran odiosos de ti y de los dioses.

CORIFEO. Pero no será por temor de estos tridentes y de la majestad de los dioses que retirarán las manos de nosotras, padre.

CORO. Orgullosos sin límite, devoradores con audacia impía, perros sin vergüenza, están sordos a la voz de los dioses.

DÁNAO. Pero hay un proverbio: los lobos son más fuertes que los perros; y el fruto del papiro no gobierna a la espiga.

CORIFEO. Como tienen también instintos de fieras lujuriosas y salvajes, hay que guardarse de caer en su poder.

DÁNAO. No es tan veloz el apresto de un ejército naval ni el amarrar: hay que conducir a tierra los cables salvadores e incluso una vez echada el áncora los jefes de flota no se muestran confiados en seguida, máxime cuando llegan a un país sin puerto, a la hora en que el sol declina hacia la noche: la noche acostumbra ser causa de angustia para el piloto juicioso. Así, el desembarco de un ejército no podría realizarse bien, si la nave no se asegura antes con el anclaje. Pero tú piensa que por el miedo no te olvides de los dioses. Yo me apresuraré en volver habiendo conseguido ayuda. La ciudad no se lamentará del mensajero: es ya anciano, pero joven de espíritu y bien hablado.

(Dánao se marcha en dirección a la ciudad)

CORO. ¡Oh, tierra montañosa, justa veneración nuestra! ¿Qué será de nosotras? ¿Adónde huiremos en este país de Apis, si es que hay en algún lugar un escondrijo sombrío? ¡Ojalá me transformara en un negro humo vecino de las negras nubes de Zeus y desapareciendo del todo, como polvo en vuelo sin alas, muriese! Mi alma no deja de estremecerse y mi corazón, ennegrecido, palpita. Los barruntos de mi padre me han impresionado y estoy muerta de miedo. Quisiera hallar el destino en un lazo colgada, antes de que un hombre maldito tocara mi piel. ¡Que muera, mejor, con Hades por señor! ¿En qué lugar del éter podría tener un asiento, allí donde la humedad de las nubes se cambia en nieve? ¿O una roca desnuda, abandonada de cabras, inaccesible, solitaria, colgada en el vacío, nido de buitres, que me asegura una caída profunda, antes que sufrir, contra mi corazón, unas bodas desgarradoras? Entonces, no lo niego, sería presa de los perros, festín de las aves del lugar. Pues morir libera de males miserables; venga el destino antes que el tálamo nupcial. ¿Qué otra senda fugitiva puedo trazar, para escapar del matrimonio? Eleva tu voz aguda hasta el cielo invocando a los dioses y a las diosas. Pero ¿cómo se cumplirán estas súplicas? Echa sobre nosotras, padre, una mirada liberadora, combativo, mira la violencia con ojos no amigos, como es justo. Respeta a tus suplicantes, señor de la tierra, todopo-

deroso Zeus. Pues la raza de Egipto, insolencia intolerable, acosándonos en carrera varonil, con clamores injuriosos, anhela coger violentamente a esta fugitiva. Pero sólo tú tienes el astil de la balanza. ¿Qué pueden los mortales llevar a cabo sin ti?

(Ven a lo lejos una tropa egipcia y aumenta su desasosiego.)

¡Oh, oh, oh, ah, ah, ah! He aquí a nuestro raptor que sale de la nave, que llega a tierra. Ojalá perezcas antes, raptor. Pronuncio un grito de angustia. Veo el prelude de los violentos trabajos que me aguardan. ¡Ah, ah! Huye hacia el refugio. El terror triunfa insoportable, en tierra en mar. Señor del país, protégenos.

(Corren hacia los altares. Llega un mensajero egipcio con tropa armada.)

MENSAJERO. Rápido, rápido, hacia la galeota, con toda la celeridad de vuestras piernas. Si no, si no, habrá cabellos arrancados, arrancados, y marcas con hierro candente, y cabezas cortadas en un sangriento degüello. Rápido, rápido, a la nave.

CORO. Ojalá en medio del curso impetuoso de la ruta marina hubieras perecido con la insolencia de tus amos y la nave de fuertes clavijas.

MENSAJERO. Sangrante te hago ir al barco si no te vas veloz de aquí. Yo te aconsejo: cede a la fuerza, renuncia a la obstinación, a la ofuscación. ¡Eh, eh! Levántate del asiento y rápido ve a bordo. No respeto al que está sin ciudad.

CORO. Que nunca más vuelva a ver las que hacen crecer y fluir en los mortales la sangre que da la vida.

MENSAJERO. De allí soy yo, de noble cuna, de rancia nobleza. Pero tú irás al barco, al barco, veloz. Quieras o no quieras. Por la fuerza, por la fuerza, adelante contigo. Ahora arriba, que no sufrirás nada malo si mueres por nuestras manos.

CORO. ¡Ay, ay! ¡Ay, ay! Así perecieras violentamente en el sagrado recinto marino, errante, a merced de los celestes vientos, alrededor del promontorio arenoso de Sarpedón.

MENSAJERO. Grita, vocífera, calma a los dioses; tú no saltarás la borda de la nave egipcia, por más que des salida muy amargamente a tus lamentos.

CORO. ¡Ay ay! Que salvajemente ladrando al país como un perro, alardeas lleno de vanagloria. Que el gran Nilo que ve tu insolencia aparte tu inaudita soberbia.

MENSAJERO. Te ordeno ir lo más velozmente posible hacia la galeota de buenos flancos. Que nadie se demore. El arrastramiento no respeta los rizos.

CORO. ¡Ay, ay!, padre, el refugio del altar es una mentira. Me arrastra al mar como una araña, paso a paso, un espectro, un espectro negro. ¡Otototoi! madre Tierra, madre Tierra, aparta el grito terrible. ¡Oh padre, hijo de la Tierra, Zeus!

MENSAJERO. No, yo no tengo miedo de los dioses de aquí, ellos no me han criado ni han alimentado mi vejez.

CORO. Hacia mí salta la serpiente bípeda. Como una víbora me amenaza. Lo que me libra de ella, ¿me librará de su mordedura? ¡Otototoi! madre Tierra, madre Tierra, aparta el grito terrible. ¡Oh, padre, hijo de la Tierra, Zeus!

MENSAJERO. Si no vienes a la nave siguiendo mi mandato, el desgarramiento no compadecerá el trabajo de tu túnica.

CORO. Estamos perdidas. Señor, sufrimos tratos impíos.

MENSAJERO. Pronto veréis a muchos señores, los hijos de Egipto. Confiad, no hallaréis la anarquía.

CORO. ¡Ah, jefes, gobernantes de este país, soy sometida a la fuerza!

MENSAJERO. Parece que os habré de arrancar de aquí, arrastrar por los cabellos, ya que no escucháis con atención a mis palabras.

(En el momento que los soldados se disponen a arrastrar a las suplicantes, aparece el rey del país con sus tropas.)

5. ¿Cuál es el comportamiento esperado de un extranjero al llegar a un pueblo en son de paz?

REY. ¡Eh! Tú, ¿qué haces? ¿Con qué osadía ultrajas esta tierra de los pelagos? ¿O crees haber llegado a una ciudad de mujeres? Por ser bárbaro eres demasiado osado para con los helenos. Habiendo errado mucho nada acertaste con inteligencia.

MENSAJERO. ¿Qué falta he cometido contra la justicia?

REY. En primer lugar, no sabes ser extranjero.

MENSAJERO. ¿Cómo no? ¿Encontrando lo que había perdido?

REY. ¿A qué patronos del país te has dirigido?

MENSAJERO. Al más grande de los patronos, a Hermes, dios de los que buscan.

REY. Dirigiéndote a los dioses no tienes ningún respeto por ellos.

MENSAJERO. Yo venero a las divinidades del Nilo.

REY. Y las de aquí nada son, según cuentas.

MENSAJERO. Me llevaré a estas mujeres, si alguien no me las arrebatara.

REY. Llorarás, si las tocas, y no tardarás mucho tiempo.

MENSAJERO. Oigo unas palabras en nada hospitalarias.

REY. No considero por huéspedes a los que despojan a los dioses.

MENSAJERO. Iré a contarlo a los hijos de Egipto.

REY. Esto no va a atemorizar mi corazón.

MENSAJERO. Pero, para saber y comunicar más claramente las cosas —pues conviene que un mensajero lo anuncie con exactitud todo—, ¿cómo me expresaré? ¿Quién diré, al llegar, que me ha quitado el grupo de primas? Estos pleitos no los juzga Ares sirviéndose de testimonios: una disputa la ha resuelto por un ajuste con dinero; antes hay muchas pérdidas humanas, muchas vidas segadas.

REY. ¿Por qué debo decirte cómo me llamo? Con el tiempo lo sabrás tú y tus compañeros. En cuanto a estas mujeres, con su beneplácito podrás llevártelas, si las convence una piadosa razón. Un voto unánime del pueblo argivo lo ha decidido sin apelación: nunca entregaré por la violencia a un grupo de mujeres. El clavo está claramente sujeto de parte a parte, de suerte que permanecerá inquebrantable. No se trata de palabras conservadas en tablillas, ni selladas en los pliegues de un papiro: oyes con claridad el lenguaje de una boca libre. Y ahora desaparece lo más rápidamente posible de mi vista.

MENSAJERO. Sabe que desde ahora provocas una guerra incierta. ¡Que sean la victoria y el poder para los varones!

REY. De hombres también encontrarás en este país y que no beben vino de cebada.

(El mensajero se retira. El rey se dirige al coro.)

Y vosotras todas, con vuestras sirvientas, tened confianza y entrad en nuestra bien cercada ciudad, protegida por el elevado aparejo de sus torres. De casas hay allí muchas propiedad del pueblo —yo mismo me la he construido con mano generosa—en donde hay estancias dispuestas para alojaros con otros muchos; pero si os place más, podéis habitar en casas para vosotras solas. Sois libres de escoger lo que os sea más ventajoso y placentero. Yo soy vuestro protector y todos los ciudadanos, cuya decisión se cumple ya. ¿Aguardas acaso patrones más soberanos que éstos?

CORIFEO. Que por estos regalos seas colmado de bienes, divino rey de los pelasgos. Benévolo, envíanos aquí a nuestro padre, el denodado Dánao, providente y mentor. Pues primeramente que decida él en dónde debemos alojarnos y qué lugar es el más adecuado: todo el mundo está pronto a lanzar reproches a los que hablan otra lengua. Ocurra lo mejor conservando nuestra reputación y sin palabras airadas por j parte del pueblo de esta ciudad. *(El rey se marcha.)* Colocaos en vuestro sitio, queridas siervas, en el mismo orden en que Dánao nos asignó a cada una la criada como dote.

(Llega Dánao con hombres armados.)

DÁNAO. Hijas mías, hay que ofrecer a los argivos, oraciones, sacrificios y libaciones, como a unos dioses del Olimpo, porque han sido salvadores sin vacilar. Así han escuchado el relato de los acontecimientos con el amor que se tiene por los parientes y la indignación que merecen vuestros primos. Y han asignado a mi persona esta escolta de hombres armados, para que tenga mi privilegio de honor y para que no muera de manera inesperada e imprevista por un golpe fatal de lanza y venga sobre este país un peso eterno. A cambio de tales servicios, si nuestra alma está bien gobernada, debemos honrarlos de una manera más digna. Y ahora, junto a las numerosas lecciones de humildad inscritas en vosotras por vuestro padre, escribiréis ésta: una compañía desconocida se prueba con el tiempo; todos, en el caso de un bárbaro, tienen una lengua pronta, y es fácil decir una palabra que puede manchar. Así os exhorto a no avergonzarme, ya que poseéis esta edad que atrae la mirada de los hombres.

El tierno fruto maduro es difícil de guardar: las bestias se afanan como los hombres, ¿cómo no?, las fieras aladas y las que pisan la tierra. Cipris proclama los cuerpos llenos de savia, invitando al amor a coger la flor de la juventud. Sobre la delicada belleza de las vírgenes, todo el que pasa, vencido por el deseo, lanza el dardo encantador de sus ojos. Procurad que no suframos tal destino, que hemos evitado a costa de muchos trabajos y surcando con nuestra quilla una gran extensión de mar; no consigamos una vergüenza para nosotros mismos y un placer para mis enemigos. Alojamiento lo tenemos doble: uno lo ofrece Pelasgo, otro la ciudad, para vivir sin alquiler. Todo nos lo facilitan. Guarda sólo estos consejos paternos, honrando más la honestidad que la vida.

CORIFEO. Por lo demás, que nos sean propicios los dioses olímpicos; pero en cuanto a mi belleza, confía, padre. Porque, si los dioses no han decidido nada nuevo, no me desviaré del camino que hasta ahora ha seguido mi corazón.

(Dánao se va. Sus hijas se preparan para seguirlo.)

CORO. Venid y celebremos a los dioses bienaventurados, señores de Argos, los que protegen la ciudad y los que habitan cabe las

corrientes del antiguo Erásino. Responded a nuestro canto, compañeras. Reciba nuestra alabanza esta ciudad de los pelasgos, no honremos con nuestros himnos las bocas del Nilo, sino a los ríos que, a través del país, derraman, prolíficos, sus aguas tranquilas y con fértiles riegos nutren el suelo de esta tierra. Que la casta Artemis lance sobre nuestro grupo una mirada compasiva y que Citerea no nos imponga a la fuerza unos matrimonios. Este premio sea para los que odio.

SIRVIENTAS. Nuestro canto piadoso no descuida a Cipris: pues con Hera es casi tan Poderosa como Zeus. Diosa de la astucia, es honrada por sus obras augustas. Junto a ella, asociada a su madre, están el Deseo y la encantadora Persuasión, a quien nada resiste. También Harmonía ha recibido su parte en el lote de Afrodita, y el cuchicheante juego de mores. Para las fugitivas temo de antemano grandes tempestades, crueles dolores y guerras sangrientas. ¿Por qué han tenido ellos una travesía favorable para las rápidas persecuciones? Lo que está marcado por el destino, ocurrirá. No se puede pasar más allá de la mente de Zeus, augusta, inaccesible. Como tantas otras mujeres antes que tú, tu destino puede ser el tálamo nupcial.

CORO. Que el gran Zeus retire de mí las bodas de la estirpe de Egipto.

SIRVIENTAS. Con todo, esto sería lo más sensato.

CORO. Tú tratas de seducir lo inasequible a la seducción.

SIRVIENTAS. Y tú desconoces el futuro.

CORO. ¿Por qué debo yo bucear en el pensamiento de Zeus, un abismo insondable?

SIRVIENTAS. Suplica con palabra moderada.

CORO. ¿Qué justa medida me enseñas?

SIRVIENTAS. No escudriñes con excesiva curiosidad los asuntos de los dioses.

CORO. Que el soberano Zeus me libre de un casamiento detestable, odioso, como liberó a lo, acabando sus sufrimientos con mano sana-

dora y haciéndole una saludable violencia. Que otorgue el éxito a las mujeres: me resigno con la parte mejor del mal y con dos tercios de la suerte; y siga al proceso una sentencia justa, de acuerdo con mis súplicas, por los caminos de salvación que tiene la divinidad.

Procédase a la contestación y puesta en común de las cuestiones antes enumeradas, de razonamiento y relación.

CUESTIONES DE RAZONAMIENTO

1. Identificación de los problemas jurídicos que se plantean en la tragedia, desde las diversas perspectivas: Danao, el Coro/ Corifeo, Rey Pelasgo, los hijos de Egipto y para Zeus. ¿Cuál es el derecho para cada uno?
 2. ¿Quién encarna más fielmente la postura de lo justo deliberativo? ¿Cómo se manifiesta?
 3. ¿En qué momento y de qué forma se manifiesta lo justo judicial? ¿Y lo justo legal?
 4. Según lo investigado, de acuerdo con la naturaleza del conflicto principal y con el relato trágico, trátase de dictaminar la justicia que ha de ser aplicada a las Suplicantes.
 5. Trata de describir cuáles serían las soluciones que podrían determinar hoy lo justo deliberativo y judicial de estos mismos problemas.
 6. Señala las ventajas y los inconvenientes de las razones que plantean la tradición clásica y la contemporánea. ¿Cuáles son los conceptos de hombre que subyacen en ellas?
 7. ¿Qué instituciones políticas y jurídicas aparecen en el texto y gozan de su correspondiente institución, vigente en la actualidad?
- (Caso elaborado por la profesora Dra. Dña. Patricia Santos Rodríguez)